

## GROS, F. *POURQUOI LA GUERRE?* 162 PÁGS. PARIS. 2022: ALBIN MICHEL

Eguzki Urteaga<sup>1</sup>

*Universidad del País Vasco, España*

Frédéric Gros acaba de publicar su libro titulado *Pourquoi la guerre?* en la editorial Albin Michel. Conviene recordar que el autor es catedrático de humanidades políticas en Sciences Po París, doctor en filosofía, agregado en filosofía y diplomado de la Escuela Normal Superior. Sus investigaciones se centran en la filosofía francesa contemporánea y, especialmente, en el pensamiento de Michel Foucault del que ha editado varias clases impartidas en el *Collège de France*; los fundamentos del derecho a castigar; las problemáticas de la guerra y de la seguridad; la ética del sujeto político a través de la problemática de la obediencia y de la desobediencia. Se interesa actualmente por la vergüenza como afecto político y a la guerra a raíz de la guerra en Ucrania. Entre sus obras más relevantes, podemos citar *États de violence: essai sur la fin de la guerre* (2006), *Le Principe Sécurité* (2012), *Désobéir* (2017) o *La honte est un sentiment révolutionnaire* (2021). Ha sido galardonado por el Premio Bordin (2007) otorgado por la Academia de las ciencias morales y políticas, el Premio del libro incorrecto (2018) y el Premio estudiantil del libro de filosofía (2019).

En la introducción de la presente obra, el autor constata que, a pesar de que numerosos observadores consideraban la invasión rusa en Ucrania improbable e incluso impensable, la guerra ha estallado a las puertas orientales de Europa. “Esta guerra, que se ha querido prohibir con la Organización de Naciones Unidas [y] que se consideraba como propia de los Estados bárbaros, la verdadera guerra con sus miles de muertos, sus viudas, sus huérfanos y sus resistencias heroicas, ha vuelto” (p.9). Esta sensación predomina, a pesar de que, a lo largo del último medio siglo, se han producido formas inéditas de violencias de masas: “guerras por procuración, guerrillas, actos terroristas, guerras globales, etc.” (p.9). Lo cierto es que Poutine no habla de guerra sino de “operación militar especial”. Asimismo, durante un largo periodo, los países occidentales “no hablaban de guerras sino de ‘intervenciones’ para calificar las operaciones [realizadas en el] extranjero” (p.9).

No en vano, con la invasión parcial de Ucrania por el ejército ruso, somos conscientes de que nos encontramos ante una “verdadera guerra”. Por lo cual, con

---

<sup>1</sup> Profesor del Departamento de Sociología y Trabajo Social, Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social. E-mail: eguzki.urteaga@ehu.eus



la ayuda de diferentes filósofos, de Platón a Machiavel, de Hobbes a Clausewitz, de Rousseau a Schmitt, Gros se interroga sobre la guerra e intenta definirla, preguntándose sobre sus formas, naturaleza y esencia. Para caracterizar la guerra, recurre a la trilogía clásica: “lo moral, lo político y lo jurídico” (p.10). De hecho, la guerra implica “matar y morir ante un enemigo que pone en juego su vida para matar. (...) Esta reciprocidad mortal consta de un elemento moral” (p.10). Pero, la guerra es también “lo que opone unos Estados, unos pueblos, unos personajes políticos, unas entidades colectivas” (p.11). Por último, la guerra “se presenta con unas razones, unas justificaciones, unas excusas, pero también unas reglas [y] unos protocolos. Una violencia armada entre Estados debe someterse a leyes, respetar reglas y rituales” (p.11). Por lo tanto, “la guerra es un conflicto armado, público y justo” (p.12).

En un primer capítulo, dedicado al retorno de la guerra, el filósofo galo recuerda que, desde la guerra de la antigua Yugoslavia, el continente europeo no había conocido una guerra de semejantes características y qué decir de la historia pacífica de la Unión Europea desde su creación (pp.15-16). La guerra en Ucrania “se inscribe en una serie de transformaciones estratégicas fundamentales que se presenta como una tragedia en tres actos: guerra fría, guerra global [y] guerra de caotización” (p.16).

Así, al término de la Segunda Guerra mundial, viene la hora de realizar una contabilidad macabra: “varias decenas de millones de muertos, miles de ciudades y de infraestructuras destruidas”, en definitiva, una Europa exhausta (p.16). “La guerra aparece, retrospectivamente, como una empresa demencial y absurda, y las grandes potencias intentan establecer una serie de medidas para prohibirla, imposibilitarla” (p.16). Desde entonces, la guerra entre Estados ha dejado lugar a otras formas de violencia colectiva. Se crea la ONU en junio de 1945 para “preservar las generaciones futuras de la calamidad de la guerra. Se declara proscrita la guerra entre grandes Estados y la comunidad internacional vela para impedir cualquier desencadenamiento de conflictos” (p.17). De hecho, “la potencia apocalíptica del fuego nuclear la aparentaría a un suicidio mundial, a una apocalipsis planetaria, suspendida a la simple presión de un botón” (pp.17-18).

No obstante, “esta prohibición (ONU) acompañada de esta imposibilidad (nuclear) no han [provocado] mecánicamente la paz en la Tierra. Los conflictos armados no han desaparecido [sino que] han cambiado de forma” (p.18). En ese sentido, la vuelta de la guerra significa el retorno de cierta forma de conflicto bélico “que implica de nuevo dos Estados soberanos, supone unos desplazamientos de ejércitos, unos campos de batalla, unos éxodos, unas poblaciones civiles aterrorizadas, etc.” (p.19).

A ese respecto, conviene recordar que “la posguerra ha estado estructurada geopolíticamente por la guerra fría consistente en la oposición frontal entre dos bloques que representaban a dos ideologías, dos regiones del mundo, dos concepciones de la libertad, dos modelos de sociedad. Estas dos mega-potencias, que disponían cada una de un arsenal nuclear [considerable], no podían enfrentarse directamente (...). La guerra tomaba entonces unas formas más indirectas: luchar para aumentar su propia esfera de influencia sobre terceros Estados, ayuda prestada a uno de los bandos ideológicamente opuestos que se enfrentaban en el interior de naciones en crisis, conflictos de baja intensidad” (p.19). Fue la época de las guerras por procuración, ya que “cada potencia apoyaba a una de las partes esperando favorecer su victoria y, de ese modo, precipitarla en su [órbita]” (p.19). Estos conflictos eran interiores y binarios, pero “podían también tomar la forma, en el seno de un país, de una partición geográfica, provocando un enfrentamiento territorializado, como en Corea o en Vietnam” (p.19).

Lo más a menudo, “estos conflictos ideológicos se han inscrito en el prolongamiento de las guerras de liberación nacional”, lo que aventajaba al bloque comunista más espontáneamente antiimperialista (p.20). A través de ellas, unos pueblos se deshacían de su tutela imperial. Al tratarse de guerras asimétricas, las guerras de descolonización “han exigido, por parte de los resistentes (...), una creatividad táctica. (...) Las técnicas de guerrilla, elaboradas y utilizadas precedentemente en España contra los ejércitos napoleónicos, han puesto de manifiesto todo su poderío destabilizador. Consistían en agotar nerviosamente a un adversario sin jamás afrontarlo directamente” (p.20). Los principios insurreccionales de esta guerra moderna han demostrado su capacidad para derrotar a ejércitos convencionales practicando atentados y sabotajes, ataques sorpresa, etc. (pp.20-21).

La disolución del bloque comunista tras la caída del Muro de Berlín ha supuesto el fin de la guerra fría. Ha surgido entonces la idea del advenimiento de un periodo de paz hegemónico asegurado por los Estados Unidos erigidos en el gendarme del mundo (p.21). Pero, los atentados del 11 de septiembre de 2001 han puesto fin a esta ilusión. Designando a Occidente como al principal enemigo, los movimientos islamistas, imperceptibles y difuminados, “utilizan tácticas de ataque inéditas e imprevisibles, con unos objetivos políticos difusos, amenazando directamente a civiles inocentes, organizados en redes transnacionales y sin una base territorial fija” (p.21).

En efecto, los atentados del 11 de septiembre hacen entrar el mundo en el paradigma de las guerras globales y difusas que modifican en profundidad los puntos de referencia estratégicos anteriores (p.22). En ese nuevo panorama geopolítico,



“las grandes violencias armadas se manifiestan bajo formas inéditas designadas como actos terroristas, intervenciones en nombre de la humanidad, operaciones de contra-insurrección, guerras globales contra el terrorismo” (p.22).

Para el yihadismo islamista, el mundo es global. Por una parte, “porque no tiene ni identidad espacial ni anclaje territorial determinado. [Por otra parte], porque defiende una causa que desborda unos intereses políticos precisos [y] ataca prioritariamente a inocentes que representan un estilo de vida considerado como injurioso, una civilización detestada, unos valores odiados” (p.23). En ese sentido, el objetivo del terrorismo global es más simbólico que territorial. “Se trata, sobre todo, de castigar unas arrogancias, de vengar unas humillaciones, de crear una sideración, de provocar una inseguridad permanente. La violencia adquiere una dimensión religiosa, purificadora, mística contra los apóstatas, los infieles, los heréticos” (p.23). El acto terrorista global “inaugura una nueva era geopolítica. (...) Obedece a un principio, a la vez, de diseminación indefinida de las violencias y de difusión contagiosa del miedo” (pp.23-24). A su vez, “es una victoria en sí mismo: el mero hecho de que haya tenido lugar, el acontecimiento en sí significa un éxito” (p.24). Su éxito instantáneo resulta de “su mera producción, de la violencia provocada y del miedo de los civiles” (p.24).

Las potencias occidentales reaccionan ante el terrorismo global de dos maneras. “La primera consiste, para perseguir las redes que organizan estos ataques, en la puesta en marcha de procedimientos de vigilancia total [y] de control global cada vez más intrusivos, siempre más amenazantes para las libertades públicas. (...) La segunda reacción consiste en la elaboración de operaciones militares denominadas ‘intervenciones’” (p.25). En primer lugar, se presentan como unas decisiones colectivas. En segundo lugar, se hacen en nombre de la humanidad, de la seguridad internacional o del orden mundial. En tercer lugar, atacan a unos Estados-bandidos “denunciados como facilitadores de terrorismos, proveedores de bases territoriales para el entrenamiento y la formación de yihadistas fanatizados” (p.26).

Desde un punto de vista estrictamente militar, “estas intervenciones (en Afganistán [y] en Irak) fueron unos éxitos, dada la aplastante superioridad técnica de los intervinientes. El objetivo militar (...) fue alcanzado en pocas semanas” (pp.26-27). Los problemas surgieron una vez allí. De hecho, el desmantelamiento de los ejércitos nacionales e incluso de las políticas locales provocó el desarrollo de “una economía de pura depredación mantenida por milicias armadas” (p.27). Rápidamente, “unos conflictos violentos de legitimidad estallaron entre comunidades confesionales [y] étnicas para determinar quién gobernaría el país” (p.27). Por último, “el nuevo objetivo fijado por la coalición internacional (construcción

nacional y reconstrucción económica) desbordaba completamente las competencias y capacidades de los ejércitos” (p.27).

En aquel momento, los ejércitos se conforman con “organizar unas salidas puntuales fuera de los *bunker* a fin de neutralizar, sobre la base de informaciones, unos núcleos de resistencia terrorista” (p.27). Se trata de operaciones arriesgadas que provocan, inevitablemente, importantes daños colaterales “que hacen aparecer los ejércitos de coalición como unas potencias de ocupación” (pp.27-28). Además, “cuando los americanos se retiran de Irak, dejan a un país dividido por las guerras confesionales y dominado por las milicias. Asimismo, “en el momento en que las tropas americanas abandonan Afganistán, los talibanes ya están organizando su regreso triunfal” (p.28).

Si no hemos salido completamente de la guerra global, “los estados de guerra endémicos que han seguido el gran episodio revolucionario de 2011 (en Siria, Libia y Yemen) hacen aparecer, en estos países devastados, un nuevo paradigma de violencia que se denominará guerras de caotización” (p.31). Ante las revueltas de la primavera árabe, los regímenes han respondido recurriendo a “una represión terrible de los movimientos de protesta, provocando una radicalización [y] una confesionalización de los conflictos, y, rápidamente, una deriva hacia la guerra civil” (p.31). La guerra de caotización es llevada a cabo para sí misma, ya que “no está orientada hacia la producción de una paz. Lo que se busca en la violencia, son únicamente unos efectos de intimidación inmediata, de terror, de confusión. Pronto solo reina la ley implacable de las armas y las sociedades civiles (...) se convierten en rehenes atrapados a un torbellino destructor, condenados a la mera supervivencia” (pp.33-34).

Esta violencia tendrá un componente milenarista, “como se ha podido ver con el episodio del Estado Islámico en el Levante” (p.34). De hecho, “la violencia religiosa en el corazón de las guerras de caotización es de esencia milenarista, [ya que] es purificadora, prometiendo el advenimiento brutal, sin paciencia ni mediación, de una armonía terminal, prometiendo separar los infieles de los auténticos creyentes” (p.34). El milenarismo religioso “es de esencia catastrofista. Ha abierto, para una generación desesperada por el presente, a la vez, en búsqueda de sentido y apasionada de inmediatez, una promesa delirante de intensidad” (p.34).

La guerra de caotización es “el símbolo y el síntoma de una dificultad inseparable [a] construir un futuro. [Se trata de] la incapacidad a proyectarse en el tiempo, dibujar un futuro tranquilizador, construir el presente con una paciencia tendida hacia un futuro mejor” (p.35). La guerra de caotización crea un espacio-tiempo “de derrumbe continuo donde se combinan las supervivencias” (p.35). Por



una parte, la guerra en Ucrania tiene elementos de la violencia milenarista: “la invocación de una función mística de Rusia como vector purificador de la decadencia europea, la exigencia de un retorno a un origen mitificado, el espectro agitado de la catástrofe total a través de la amenaza nuclear” (p.36). Por otra parte, esta guerra tiene unas formas clásicas: “una agresión caracterizada que toma la forma de una invasión de territorios por tropas convencionales, unos combates encarnizados para defender agriamente cada parte del territorio, un enfrentamiento entre dos Estados soberanos, oponiendo dos ejércitos nacionales sobre unos puntos neurálgicos, unas concentraciones de violencias precisas, marcadas por derrotas y victorias, el exilio obligado de las poblaciones” (p.36).

En el segundo capítulo, dedicado al heroísmo y a la barbarie, Gros constata que la guerra tiene siempre un componente moral que alude al compromiso ético, a la calidad moral de la voluntad beligerante. Lo cierto es que “la experiencia de la guerra ha sido, de las playas de Marathon a las de Normandía, una matriz formidable de virtudes” (p.40). De hecho, la moral occidental incide en el coraje de los soldados, en su determinación. La guerra está saturada de figuras éticas: el caballero leal y valiente, el soldado-ciudadano apasionado de libertad y dispuesto a morir por su [país], etc.” (p.41). Simultáneamente, la guerra ha sido denunciada como “un momento cruel de retorno a una bestialidad primitiva, de [expresión] de pulsiones arcaicas” (p.41). En ese sentido, “el guerrero puede hacer gala de salvajismo inhumano” (p.41). Esto demuestra que, desde un punto de vista moral, la guerra es ambivalente y bipolar. “La guerra es un momento de exaltación y de derrumbe moral, un punto de surgimiento y de debate ético” (p.41).

En la guerra, cada uno amenaza la vida del otro, en la medida en que expone la suya. La guerra “exige esta reciprocidad en el riesgo mortal”, de modo que se condenan e incluso se consideran como crímenes de guerra, unas formas de matanza en las cuales serían [asesinados] unos civiles inocentes e incluso unos soldados enemigos desarmados” (p.44). La forma perfecta de reciprocidad es el intercambio de la muerte. Aparece, en su versión totalmente idealizada, en “los relatos épicos: los combates de caballeros. (...) Se habla de duelos frontales, se describe un puro choque de fuerzas. Todo sucede en pleno día, lealmente, preferentemente en un campo, en un espacio abierto. Es cuestión de respetar al adversario, se busca vencer en lugar de destruir, superar en lugar de aniquilar” (p.45). El riesgo consiste en un desencadenamiento caótico. “Existe el riesgo de dejarse llevar por un torbellino de fuerzas que se desencadenan. La locura asesina puede surgir en cualquier momento” (p.45). La exaltación dinámica de la guerra es muy antigua y perdura en el tiempo. En esta óptica, luchar consiste en



realizar proezas, “encontrar en (...) los enfrentamientos, un recurso para sentir [y] aumentar sus propias energías” (p.46).

Para los griegos, el coraje consiste en la capacidad de aguantar, perseverar, resistir, en lugar de hacer gala de ardor, ímpetu y frenesí. Esta revolución ética coincide con el invento de la falange que permite “las victorias militares de la Grecia democrática contra los reinos persas durante las guerras médicas” (p.47). Se trata de “alinearse contra un ejército adverso que envía al frente sus soldados de manera dispersa, un muro compacto erizado de lanzas, unas filas de soldados que se organizan en profundidad” (p.47). La falange griega forma la metáfora perfecta de la solidaridad y de la igualdad. Es una “igualdad perfecta porque, en ese dispositivo de guerra, la individualidad no importa. (...) La fuerza de la falange estriba en su carácter unido, colectivo, homogéneo” (p.48). “Cuando la falange recibe un [golpe] del enemigo, que intenta fisurarlo, hacerlo temblar, se trata de permanecer firme, de mantener su posición” (p.48). En esta óptica, aguantar es la principal virtud del soldado (p.49).

El compromiso heroico en la guerra “siempre ha sido objeto de celebraciones literarias (p.51). Hippocrate, La Boétie y Rousseau exaltan el heroísmo de los soldados griegos frente a las tropas persas. Se exalta la capacidad de sacrificar su vida para unos valores trascendentes (la libertad, la justicia) o una entidad general (la patria, la identidad nacional) (p.52). La guerra nos recuerda la fuerza de estos valores. Como lo indica Hegel, la guerra reactualiza en nosotros el sentido de lo esencial (p.53). La guerra hace un llamamiento a la superación de sí mismo, a la resistencia o a la abnegación, así como a la obediencia. De hecho, “la conformidad inmediata, exacta, exhaustiva a las órdenes es exigida del soldado como una virtud esencial. En el ejército, el soldado está severamente disciplinado [y] la insumisión está duramente reprimida” (p.53). Si la obediencia “posibilita la acción concertada, une a las individualidades en torno a un objetivo común, reprime las pulsiones egoístas, permite la superación de sí mismo, abre el camino a la abnegación de sí y a la preocupación por el otro”, convierte a los individuos en autómatas estrechos de miras (p.54).

Lo cierto es que la expresión de las virtudes morales en la guerra está supeditada a ciertos condicionantes: “una cierta igualdad en el intercambio de la muerte, el respeto de las reglas de combate, la ausencia de engaño y de mentira, la protección de las poblaciones civiles e inocentes” (p.55). La guerra tiene igualmente una cara oscura provocada por el estrés, la adrenalina, la tensión y el miedo. Puede llevar a unos episodios oscuros “de desencadenamiento de rabia, liberación de energías incontrolables, exasperación en el furor que dan lugar a masacres inauditas, matanzas demenciales que no salvan ni a los niños ni a las mujeres” (p.56).



En el tercer capítulo, consagrado a la guerra justa, el autor recuerda que las guerras deben ser justas o, al menos, los beligerantes deben justificar las razones por las cuales están involucrados en ellas. Hoy en día, la intolerancia hacia cualquier violencia está muy extendida en la opinión pública y en los medios de comunicación, de modo que sea cada vez más difícil explicar y justificar las acciones violentas (pp.57-58). “Esta intolerancia se conjuga, en nuestra época, con la producción, en las artes, de un imaginario saturado de violencias insostenibles que fascinan a nuestros cerebros” (p.58). “El rechazo de la violencia en el mundo real, conjugado a su hipervalorización en el imaginario, acompañado de la generalización indefinida del traumatismo, hace sistema” (p.58). En cualquier contexto, “la idea misma de guerra justa (...) puede parecer inapropiada, chocante, monstruosa” (p.58). Sin embargo, nadie niega el derecho de un pueblo a defenderse ante una agresión exterior. Por lo tanto, conviene “plantear la existencia de una diferencia entre guerras buenas y malas, justas e injustas, según quién las hace y por qué” (p.58).

El problema de la guerra justa “ha sido planteada y rebatida en una larga tradición de pensamiento que va, en Occidente, de los primeros cristianos a los juristas internacionales, de los humanistas del Renacimiento a los grandes pensadores del siglo XX” (p.59). Para unos, una guerra justa se justificaría por sus motivos, mientras que, para otros, una guerra protocolaria y estructurada se legitimaría por “el respeto de un cierto número de reglas que los beligerantes se imponen en el momento de los combates” (p.59).

- En el primer caso, se plantea la cuestión “de las buenas y de las malas razones que se pueden tener para entrar en guerra y se trata, en estas doctrinas, de enumerar un cierto número de criterios que permiten autenticar las buenas guerras” (p.59). Los padres fundadores de la Iglesia católica han elaborado una doctrina estable al respeto. “La magnitud de la reflexión se explica (...) por la fuerza y la intensidad que tienen en esta religión las exigencias de paz” (p.60). No en vano, a pesar de que los preceptos de la religión católica parecen condenar, sin paliativos, cualquier forma de violencia, incluso defensiva, la posición de dicha Iglesia “jamás ha sido un rechazo incondicional de cualquier conflicto armado, dado que esta intransigencia aparece rápidamente como peligrosa e incluso irresponsable” (p.60). Pero, si la Iglesia cristiana ha acabado autorizando las guerras, les ha fijado unas condiciones muy restrictivas (p.61). Así, “una guerra puede ser cristiana siempre y cuando jamás es objeto de alabanza ni de exaltación poética. (...) Se debe hacer la guerra de manera obligada, sin alegría” (p.61). Asimismo, “una guerra es justa cuando es decidida por un Estado, una autoridad pública o un príncipe” (p.61). A su vez, “solamente una injusticia padecida puede justificar que se provoque una guerra” (p.61).
- En el segundo caso, la causa justa consiste en la reparación de una injusticia que se ha producido. “Una potencia exterior puede, por ejemplo, llevar a cabo, puntualmente, unas operaciones expeditivas de razzia fuera de sus fronteras:



saqueando, quemando, destruyendo” (p.62). Según dicha doctrina, “esta guerra reparadora de injusticias toma, para describirse, unos puntos de referencia en la justicia civil (reparación de un daño) y penal (castigo de una falta)” (p.63). En lo ideal, “la guerra justa opone (...) un bueno y un malo, un justiciero y un criminal. Se apoya en una asimetría moral entre los beligerantes” (p.63). Pero, introduce un matiz distinguiendo la causa real del mero pretexto (p.63).

La doctrina cristiana de la guerra justa ha conocido cierta continuidad en dos direcciones contrarias: la ampliación y la restricción. Por una parte, la justicia penal castiga, “para hacer pagar un crimen, a su autor, pero también para garantizar la seguridad pública [y] prevenir actos futuros. De la misma forma, un Estado, a través de la guerra, [busca igualmente] la conquista de su seguridad para el futuro” (p.64). Esta concepción de la seguridad futura, “de una garantía de las condiciones de una paz de larga duración, conduce los beligerantes a desbordar la lógica de estricta reparación de un perjuicio: se procede a la ocupación de tierras a fin de consolidar sus fronteras, se [fragiliza] al enemigo para garantizar su debilidad, etc.” (p.65). Por otra parte, algunos teólogos endurecen las condiciones para disuadir cualquier veleidad de entrar en guerra (p.65). En primer lugar, es preciso respetar el principio de proporcionalidad, es decir que los daños causados por la respuesta no deben ser superiores a aquellos provocados por la agresión inicial (p.65). En segundo lugar, la guerra siempre debe ser el último recurso, en la medida en que se deben agotar todas las demás soluciones antes de decidir entrar en guerra (p.66). En tercer lugar, ciertos teólogos mencionan la certeza de la victoria “a fin de no correr el riesgo de provocar desgracias inútiles” (p.66).

Esta doctrina cristiana de la guerra justa “será retomada, en muchas de sus intuiciones fundamentales, por el derecho internacional moderno” (p.66). Otros autores se interesan igualmente por “las limitaciones que los beligerantes se imponen en el uso de sus fuerzas armadas contra los enemigos una vez las hostilidades iniciadas y los ejércitos posicionados en el campo de batalla” (p.67). Es posible matar, “pero no cualquiera, no en cualquier momento y no de cualquier forma. Esta valoración y esta codificación de las reglas del derecho a matar en la guerra se elaboran, sobre todo, a lo largo de los últimos dos siglos, hasta encontrar una inscripción, reconocida por numerosos países, en los convenios de Ginebra” (p.67). Las naciones han fijado una serie de límites: respetar las poblaciones civiles, los combatientes desarmados, los prisioneros de guerra, los diplomáticos, las treguas decididas de manera multilateral” (p.67). Asimismo, es preciso realizar una declaración de guerra acompañada de un ultimátum y la firma de un tratado de paz acompañado de una cláusula de amnistía (p.67).



La edificación de esta nueva doctrina corresponde al giro westfaliano del mundo occidental. De hecho, la multiplicidad de principados es sustituida por la yuxtaposición de Estados soberanos que ejercen su jurisdicción en territorios delimitados” (p.68). En este contexto, “la guerra, la agresión de un tercero, se convierte en una prerrogativa del Estado. No tiene que justificarse, [puesto que] es su derecho. Declarando la guerra, solo lo ejerce” (p.69). Esta concepción genera un amplio consenso entre los principales Estados civilizados y cada beligerante se muestra escrupuloso en el respeto de ciertos principios (p.69). Asimismo, si cada Estado se declara soberano, los Estados son perfectamente iguales en derecho, aunque sean diferentes en realidad” (p.70). Esta concepción amoral aspira a proteger la soberanía de los Estados.

Si era aceptable mientras que las técnicas de destrucción no permitían cometer masacres de gran magnitud, se convierte en inaceptable hoy en día con el desarrollo y la sofisticación del armamento que posibilita cometer atroces masacres. Además, “nuestra sensibilidad a la guerra ha sido profundamente transformada por los dos conflictos mundiales sucesivos que han llenado de horror los pueblos y de atrocidades su historia. Se ha convertido en una barbarie insoportable” (p.71).

Existe una tercera forma de guerra justa, “más oscura y arcaica: la guerra fundadora del derecho, la que decide de la justicia proclamando la victoria” (p.75). Se fundamenta, a la vez, “en un mito (la ocupación de una tierra original) y en una metáfora (la batalla como tribunal) (pp.75-76).

- El mito es el del origen del Estado. “Se conoce su versión filosófica y abstracta: el contrato social. Hobbes, Locke, Rousseau han teorizado, formalizado, analizado la idea de ese pacto inicial a través del cual los [seres humanos] instituyen, vía una decisión unánime, una autoridad soberana” (p.76). Pero, esta construcción intelectual esconde una realidad según la cual “cualquier fundación de Estado [resulta] de un golpe de fuerza inicial, una victoria en la sangre que fija unas fronteras y autoriza la dominación sobre todo un pueblo” (p.76). Por lo tanto, el derecho público es un derecho que se ha impuesto por la fuerza.
- La metáfora es la de la violencia justiciera que supone “una yuxtaposición perfecta entre el derecho y la violencia, entre la justicia y la fuerza” (p.77). Se trata de conseguir, una vez para siempre, “reuniendo al conjunto de las fuerzas, a fin de obtener, a través de las armas, una decisión clara e irreversible. (...) El éxito en la guerra es una consagración de justicia que produce un reparto, una división nítida entre un vencedor y un vencido” (p.78). Ese mito de la historia justiciera ha perdurado durante dos siglos y se utiliza regularmente para justificar guerras (p.79). “La historia de la humanidad está atormentada por estas guerras que pretenden, una vez para siempre, en una explosión inaudita de violencia, acabar con las guerras y producir una paz duradera” (pp.79-80).

En el cuarto capítulo, centrado en la dialéctica según la cual el Estado hace la guerra y la guerra hace el Estado, Gros estima que la comprensión de esta interconexión implica detenerse en las tres figuras del Estado: “como cuerpo colectivo, organicidad viva; como unidad social artificial, cohesión frágil de individuos [unidos] por un pacto social; y, como imagen proyectada de una potencia” (pp.83-84).

De hecho, el Estado es “un país delimitado por sus fronteras, un pueblo unido por unas leyes, una cultura y, a veces, una lengua comunes” (p.84). Esta unidad ha sido comparada a un cuerpo vivo, e incluso, a un animal. Según esta representación, el Estado es un animal que, para sobrevivir y desarrollarse, necesita su “espacio vital”. Por lo cual, la guerra se convierte en “el instrumento natural de una expansión que permite a una nación reencontrar su volumen” (p.84). Esta visión supone que “el Estado tiene unas exigencias vitales que solamente la guerra es capaz de satisfacer: conquistar nuevos territorios, sentir y garantizar la dominación del más fuerte, apropiarse sus riquezas naturales o patrimonios culturales a fin de dar a su población unas posibilidades de vitalidad, de expansión, de expresión renovadas, asegurar su supremacía sobre unos pueblos considerados como inferiores, que se pueden someter a la esclavitud” (p.85). El nazismo constituye la ilustración perfecta de esta concepción.

En una visión menos biológica, la guerra permite a una nación “sentir su unidad, encontrar su identidad, experimentar su autenticidad. (...) El enemigo es lo que los cuestiona [y] representa para ellos un riesgo fundamental” (p.85). En ese sentido, el enemigo permite revelarse a sí mismo. Por la reacción que suscita, pone de manifiesto lo realmente importante, lo vital por lo cual los individuos están dispuestos a luchar y a dar sus vidas (p.86). Es lo que experimenta Europa con la guerra en Ucrania. Se constituye como una entidad política descubriéndose un enemigo común. “Se reconoce como portadora de determinados valores, defensora de un estilo de vida específico, apegada a la libertad de expresión” (p.86).

En una óptica más contractualista, “el Estado es una organización frágil, artificial, nacida de una entente pasada entre [seres humanos] y que expresa una voluntad de convivir (p.87). Esta agrupación implica y provoca la necesidad de la guerra. “Si los individuos han pasado un contrato juntos es para escapar a (...) la anarquía caótica, a la destrucción mutua continua, a la guerra de todos contra todos” (p.88). Responde a “un estado crónico de miseria, de angustia, de inestabilidad, de violencias interindividuales. (...) Se trata, por lo tanto, de generar un estado de estabilidad social, de tranquilidad pública, de paz civil obligando a todos los sujetos a una obediencia común de las leyes públicas” (p.88). El nacimiento del Estado permite escapar a la guerra original de todos contra todos.



No en vano, la existencia de varios Estados hace que estén en un estado de guerra permanente que permanecerá mientras no exista “una autoridad que rija drásticamente sus relaciones” (p.89). La guerra se convierte en una virtualidad real. Asimismo, alude a un conflicto determinado que ha estallado entre unidades políticas concretas en periodos y lugares precisos. Por último, en una suerte de “poshistoria luminosa e utópica, existiría un estado de paz perpetuo entre los seres humanos” (pp.89-90).

Asimismo, ciertos Estados instrumentalizan la guerra. Inventan un enemigo “a fin de producir artificialmente una unanimidad que hace defecto de otra forma” (p.92). A su vez, la guerra permite canalizar la energía “salvaje” de elementos considerados como perturbadores que rompen la armonía social. La guerra purificaría la sociedad de estos elementos de desorden (p.93). Asimismo, la guerra, agitando el espectro de un enemigo público, desvía las energías negativas de su cauce habitual, produce un consenso dirigiéndolas hacia otro objeto, y, finalmente, hace olvidar las disensiones a través de una propuesta de reparto del odio” (p.93). No obstante, si la guerra es vector de unión, “esta unión se hace sobre la base de una división central entre dominantes y dominados, gobernantes y gobernados” (p.94).

Pero, el Estado “no está solamente amenazado por divisiones [e] implosiones internas, sino también por invasiones, rapiñas, ataques desde el exterior” (p.94). Por ejemplo, Europa ha conocido guerras incesantes entre Estados. Las guerras “se explican y se justifican como intentos, por parte de otra potencia, de debilitar al [Estado vecino] que amenaza con convertirse en preponderante, de romper una alianza entre pequeños Estados que acabarán formando una entidad demasiado importante” (pp.95-96). El Estado encuentra en la guerra la manera de mantener su rango, de defender sus intereses y de encontrar su salud (p.96).

De la misma forma, la dimensión imaginaria es fundamental, ya que el Estado es imagen, abstracción y nombre propio. “El Estado es esa idealidad que construye su realidad en las mentes de las personas. Es, ante todo, una representación” (p.96). El mantenimiento de su reputación conduce el Estado a “dominar, lo que puede dominar, para asentar su reputación” (p.98). Se trata de estar a la altura de su imagen (p.99).

En el quinto capítulo, el autor se interesa por la idea de guerra total, ilustrada por la guerra en Ucrania. Esta noción aparece en los años veinte del pasado siglo para describir y analizar la Primera Guerra mundial que ha supuesto un enfrentamiento interminable y suicida así como “una expresión de colosales violencias colectivas” (p.104). Si la expresión guerra total se impone entre los militares y los intelectuales tras la Gran Guerra, se convierte rápidamente en “una parrilla de lectura, una llave de comprensión retrospectiva para los historiadores”

(p.104). Lo cierto es que la Primera Guerra mundial supone una ruptura y un punto de inflexión, dado que es el momento en el cual “el objetivo de guerra se convierte en la aniquilación completa del enemigo, en lugar de ser la simple afirmación de una superioridad sobre él” (p.104).

La guerra total alude a “la ofensiva a ultranza, el enemigo absoluto, la movilización general” (p.106). Si la aniquilación es “la consecuencia mecánica de una ofensiva a ultranza, dos estrategias competidoras, que obedecen a la misma lógica de guerra total, pueden producir el mismo efecto de disolución: la atricción y la dislocación” (pp.109-110). La atricción consiste en desgastar al enemigo “haciéndole padecer, de manera continua, un diluvio de fuego, atacándolo sin parar” (p.110). En cuanto a la dislocación, consiste, “a través de maniobras alternativas, en intentar cortar el ejército de sus bases, a fin de provocar un derrumbe del ejército” (p.110). Ese acorralamiento hunde el pánico entre los mandos al no sentirse apoyados.

Si, en el marco de la guerra total, “se busca la aniquilación en lugar de la redición, es [porque] se concibe que el enemigo no comparte con nosotros el mismo mundo, que se sitúa en una alteridad monstruosa que justifica su aniquilación completa” (pp.110-111). Carl Schmitt habla de enemigos absolutos en las guerras totales. En una guerra justa se corre el riesgo de querer aniquilar al enemigo. Porque el enemigo “es demonizado, criminalizado, tratado como un representante del mal, su inferioridad moral autoriza que sea tratado con la máxima severidad” (p.112). La propia naturaleza del enemigo transforma el objetivo de guerra. La dimensión mesiánica de la guerra “introduce una dimensión absoluta que encontrará su correspondiente, su eco en una desregulación de las prácticas: todos los medios son buenos para aplastar al infame” (p.113). El enemigo absoluto es el que es preciso destruir “porque impide a la humanidad acceder a su realización [y] al mundo conocer una paz duradera” (p.113). En ese sentido, “las guerras ideológicas son las más terribles, [ya que] ninguna reparación es posible cuando se trata de visiones del mundo opuestas que se enfrentan” (p.113).

En su sentido inicial, la noción de guerra total hace referencia a la idea de movilización que domina. Se considera como total cualquier guerra “que obliga al conjunto de las fuerzas vivas de una nación a participar en el esfuerzo de guerra” (p.114). Movilización de los hombres para el esfuerzo de guerra, movilización de las mujeres para asumir una serie de tareas, movilización de las capacidades materiales y movilización de las mentes (pp.114-118).

En el último capítulo, dedicado a las razones de la guerra, Gros recuerda que los autores clásicos han explicado la guerra por tres razones fundamentales: “la codicia, el miedo y la búsqueda de gloria” (p.120).



- Según Hobbes, el primer motivo de la guerra es la búsqueda de beneficio material: “apropiarse bienes ajenos, conquistar tierras, apoderarse de yacimientos de metales preciosos, etc.” (p.123). En ese sentido, la codicia sería la razón última de la guerra. “Lo que convierte la depredación en necesaria, es a menudo la rareza” (p.124). Se puede mencionar igualmente la economía de la facilidad, dado que la guerra permite apropiarse rápidamente los bienes que son el fruto del trabajo arduo y duradero de otros. Por último, las guerras depredadoras pueden estar alimentadas por la envidia. Es el deseo mimético puesto de manifiesto por René Girard (pp.124-125). La guerra entendida como una manera de apropiarse a través de la violencia unos territorios y unos recursos, conduce a aplastar, quemar, destruir, es decir a cometer abusos (p.127).
- El segundo motor es el miedo. “Es cuando un país vecino se hace arrogante, aumenta peligrosamente sus recursos militares, sus capacidades de ataque, que [un Estado] puede sentirse legitimado para responder a lo que considera como una provocación” (p.129). Se habla entonces de “legitimidad defensiva por anticipación. Guerra preventiva cuando los amenazas se multiplican, guerra preventiva cuando el ataque es inminente, etc.” (p.129).
- El tercer motivo es la vanidad, es decir todo lo que se refiere a la afirmación de su superioridad con orgullo y alevosía (p.131). Estas guerras buscan una victoria simbólica: “ocupar un lugar cargado de historia para legitimar su posición, alentar la eficacia de sus armamentos y la superioridad de su mando, heroizar el jefe de las fuerzas armadas” (p.131).

Al término de la lectura de *Pourquoi la guerre?* es obvio reconocer la gran actualidad del tema abordado, en plena guerra de Ucrania, y la pertinencia con la cual el autor moviliza los autores de la filosofía, sobre todo moderna y contemporánea, para permitirnos reflexionar sobre las razones, la naturaleza y las formas de la guerra. Ofrece una contextualización histórica de la guerra mostrando el paso de la guerra fría a la guerra global para acabar con la guerra de caotización. A lo largo del libro, hace gala de perspicacia analítica, de lucidez intelectual y de sistematicidad conceptual, todo ello insertado a un razonamiento coherente y una expresión clara. En ese sentido, a pesar de la suma densidad del libro, el estilo fluido ofrece un verdadero placer de lectura.

En suma, la lectura de esta obra se antoja ineludible para mejorar nuestra reflexión sobre la guerra tanto en Europa como a nivel mundial.

## BIBLIOGRAFÍA

---

Gros, F. (2006): *États de violence: essai sur la fin de la guerre*. Paris: Gallimard.

Gros, F. (2012): *Le Principe Sécurité*. Paris: Gallimard.

Gros, F. (2017): *Désobéir*. Paris: Albin Michel.

Gros, F. (2021): *La honte est un sentiment révolutionnaire*. Paris: Albin Michel.